

## Reseñas

JULIO BOLTVINIK Y ENRIQUE HERNÁNDEZ LAOS, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, México, Siglo XXI, 1999

### ¿Qué futuro para qué pobreza en México?\*

No hace mucho un amigo alemán que creció en un país sudamericano y que ahora realiza una estancia de estudio entre nosotros me expresaba su entusiasmo por México; le impresionaban su dinamismo y efervescencia, lo que significa vivir en una ciudad como ésta; donde pese a todo, parece que todo funciona, donde el capitalino, a fuerza de circular por las calles y periféricos de la ciudad, ha desarrollado un sexto sentido de tolerancia ciudadana “automotriz”, no fácil de encontrar en otros lugares. Yo, como siempre, de aguafiestas, le dije que todavía no conocía la otra parte de la ciudad de México, la de la pobreza que Boltvinik y Hernández Laos condensan en las páginas de este libro. A fuerza de ver lo mismo ya no se sabe qué es más real, si lo que se ve o lo que no se ve. El caso es que le prometí a mi amigo darle un paseo por algunos de los rincones donde la ciudad pierde su nombre y se extiende como una mancha informe. Debo confesar que aún no cumplo mi promesa, pero por lo pronto le recomendaré que lea este libro.

Me interesé hace mucho en los temas de la pobreza; desde que me inicié, e incluso antes, en mis estudios de historia en esta universidad. Por ocuparme de la teoría y de otras investigaciones me alejé un tanto de los marginados (ésa era una de las acepciones con las que entonces se les designaba), pero no por eso desaparecieron de mi mirada. Lo que sí cambió en estos años fueron la semántica y el grado de especialización sociológicos. Esta obra es un signo de este giro.

A excepción de uno o dos libros, entre ellos el del maestro Moisés González Navarro, en mi rubro, que es el de la historia, este tema no ha sido de gran importancia, a diferencia de Europa, en donde se han organizado equipos de investigación para analizar los problemas acerca de los pobres y de la pobreza en el medioevo o en la actualidad. Este *boom* historiográfico quizá se deba a que muy pocos pobres han quedado en Europa como efecto de la guerra y del despertar económico de la posgue-

\* La presentación del libro se llevó a cabo en la Universidad Iberoamericana el 7 de diciembre de 1999.

rra. Ahora los pobres de Europa son los pobres llegados del sur y del este europeo o del norte de Asia y África como parte de las migraciones. Tal vez en México debemos esperar que desaparezca de la pobreza para comenzar a estudiarla a profundidad como fenómeno histórico.

No es que en México no se haya estudiado antes a los pobres, un sector de la población que desde los procesos de modernización del porfiriato ha llamado la atención de la élite política e intelectual. Lo que ha cambiado es la forma de percibirlos como parte de un proyecto de futuro o de construcción de la nación. Abreviando se puede sintetizar en las dos tendencias conocidas, la liberal y la socialista. En ambas, aunque entendido de diferente manera, el pobre es en esencia un portador de futuro: el futuro tenía que construirse con ellos y no contra ellos; podían presentar lastres, taras o lo que sea, pero eran percibidos como sujetos de integración social por medio de la política o del mercado, como clientela política o de consumo. El optimismo liberal comienza a declinar cuando se observa la procesión forzada de una población sin tierra y sin beneficio a ciudades no preparadas para su asimilación; las viejas y nuevas ciudades industriales comienzan a ser acordonadas por la miseria, las necesidades y la inopia. El film *Los olvidados* de Luis Buñuel se convirtió desde entonces, en el año 1950, en un clásico, pese a los intentos de censura; y *La antropología de la pobreza* de Oscar Lewis acabaría por ofender la conciencia de la clase política mexicana porque dañaba la imagen proyectada de un país próspero.

Poco después los pobres asumieron otras denominaciones igualmente esperanzadoras, ya no como simples consumidores, sino como productores y portadores del cambio social estructural. Los pobres comenzaron a ser representados como sujetos potencial o virtualmente revolucionarios, fueran del ámbito rural o urbano. En los estudios históricos y sociales se les vio como portadores de un futuro promisorio basado en el descontento de su condición de opresión y explotación, en su deseo y necesidad de justicia y cambio social.

El texto *Pobreza y distribución del ingreso en México* revela un cambio de sensibilidad y de semántica ante el fenómeno de la pobreza, y no como algo exclusivo de la sociología o de la economía: también en la historiografía hay un cambio que toma la forma como de un regreso de Tocqueville frente a Marx, o en la forma de “un nuevo realismo”, frente a interpretaciones que parecerían ideológicas o propias de la novela. Además de cuestionar las predicciones basadas en una filosofía positivista o de la idea de progreso, lo central del cambio está, en que ahora los pobres ya no constituyen el futuro de la nación. El futuro se deposita ahora en el mercado a secas y en las leyes implacables de la macroeconomía. Tanto gastas, tanto te endeudas, tanto debes. Sanear las finanzas públicas, recortar el gasto público, pagar a los acreedores, se convierten en las prioridades.

Precisamente una de las cuestiones que es importante destacar del libro, es que indica el año de 1982 como un parteaguas que separa el periodo anterior de lucha contra la pobreza con el actual: el del decremento con el del incremento sustancial de los años recientes.

Como se menciona en la introducción, estos estudios comienzan a desarrollarse a partir de esa década, alentados más por los organismos internacionales y menos por

los gobiernos, preocupados ahora por saldar sus deudas. Señalan el inicio de un nuevo realismo en la sociología. O al menos, así trato de explicarme una cierta intención de desdramatizar un problema tan agudo y complejo —¿quién puede dudar o exagerar el problema que representa la pobreza en un país como México?— Desdramatizar, entendido como sinónimo de desideologizar, implica mirar el problema, analizarlo, diseccionarlo bajo el lente de la frialdad de las cifras, sin más adornos que la estética de las ecuaciones diferenciales, derivadas, y de las estadísticas.

En este sentido se trata de un libro innovador. Su realización supone un esfuerzo —el de toda ciencia—, para reducir la complejidad del fenómeno de la pobreza a un enunciado esclarecedor y sintetizador de que en México alrededor de 70% participa, vive, sufre... algún grado de pobreza, alta, baja, media o extrema, en algún lugar que por no ser visible no es menos real, de manera diferenciada según el número de miembros de la familia, el tipo de vivienda, si está en la ciudad o en el campo, a lo largo y ancho de nuestra geografía.

Es impresionante el grado de detalle alcanzado por estos estudios o informes de investigación que observan con microscopio, a la manera del médico, en qué lugares está más desarrollada esa enfermedad llamada pobreza; quiénes, y en razón de qué indicadores son pobres los que se dice que son los pobres.

Sin dramatizar demasiado se puede considerar que la pobreza es una enfermedad que cubre 70% de un cuerpo social llamado México. Recurrir a la metáfora del cuerpo para comprender a la sociedad no es nuevo, El desarrollo de la medicina y el de las ciencias sociales van de la mano en nuestra época. Enfermo es aquel que no se acopla a la norma de salud estándar y en diferentes grados está en peligro de muerte. Se puede medir de muchas maneras, dependiendo de la esfera en que tengan lugar la acción o la comunicación.

De acuerdo con la sociología luhmanniana “la diferencia entre inclusión y exclusión se refiere al modo en el cual una sociedad permite a los individuos ser personas y por lo tanto participar en la comunicación”. Es muy importante aclarar que por persona no se entiende el cuerpo ni la conciencia de los individuos, “sino una estructura social que permite a la sociedad encontrar una dirección para la producción de las comunicaciones”. Persona es una noción que permite “atribuir las responsabilidades de las comunicaciones (la emisión) y localizar las posibilidades de comprensión: en este sentido las personas no son sistemas como lo son las conciencias y los cuerpos, sino artefactos comunicativos”.

De acuerdo con lo anterior, un problema como el de la pobreza se comprende si se perciben soluciones dentro de un cuadro de posibilidades limitadas que deben ser luego corroboradas o modificadas con base en la experiencia. Lo importante es saber que las decisiones que se deban tomar para enfrentarla tendrán un significado distinto para el sistema psíquico y para el sistema social: lo que para una conciencia tiene un significado decisivo para su historia, puede ser irrelevante para la historia de la comunicación, es decir, de la sociedad.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Giancarlo Corsi, Elena Esposito y Claudia Baraldi, *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, México, Anthropos, UIA, ITESO, 1996, p. 92.

No me considero un gran entendedor de la teoría de Luhmann pero creo que esta posición no se aleja demasiado del propósito de “desdramatizar” el análisis para la solución de fenómenos sociales como la pobreza. No por azotarse, por darse golpes en la cabeza, o por hacer denuncias morales de toda clase, se va a disminuir el índice de la pobreza. No son suficientes razones las buenas intenciones. Hace falta entender el fenómeno de la pobreza como parte de la historia de la sociedad que no transcurre en forma lineal y evolutiva. Lo que es evidente, sin embargo, es que el abismo que separa a ricos y pobres ha crecido exponencialmente en nuestra época. La relación entre la nación más rica y la más pobre hace 250 años era de cinco a uno; la diferencia entre Europa y el Este o el Sur de Asia (China o la India) era de alrededor de 1.5 o dos a uno. En este sentido estudios como este son de gran provecho para conocer con mejores elementos la dimensión del problema.<sup>2</sup>

Como miembro de un país moderno como México y vecino del país más rico del mundo, no me es fácil explicar qué población mexicana sea mayoritariamente pobre y distante de los supuestos beneficios de la modernidad industrial.

Cuando el profesor Javier Torres —experto en la obra de Luhmann y su difusor en el mundo de habla hispana— y yo le preguntamos a Luhmann, cuyo trabajo es inapreciable y cada vez más relevante en el desarrollo de las ciencias sociales, acerca de la incidencia y pertinencia de su teoría para nuestros países, su respuesta fue un tanto desconcertante para mí. Aclaró de inicio un hecho: la modernidad, definida como un proceso de diferenciación funcional de los sistemas, es una invención de Europa occidental pero con evidentes repercusiones en los países latinoamericanos en donde se observan procesos similares de diferenciación: formación de estados territoriales, economía monetaria, investigación científica, intimidad de la vida familiar, etc. El punto estaría en saber si aquello que es necesario para la inclusión de las personas a los procesos sociales podría llevarse a cabo universalmente bajo el régimen de la diferenciación funcional. La economía decide acerca de las posibilidades económicas de cada hombre: el acceso o no al dinero. El derecho decide si el individuo tiene o no capacidad jurídica para efectuar contratos, si por edad o salud mental accede o no a la ciudadanía; la política decide el peso de lo electoral para decidir sobre los gobernantes. Lo cual quiere decir que el individuo en la sociedad moderna es requerido de diversa manera por diferentes sistemas funcionales. Esta situación generalmente preexiste a los individuos, de modo que desde que una persona nace, de alguna manera el futuro se le presenta como algo previsible, si va a tener o no dinero, si va a ir o no a la universidad, etcétera.

La pregunta es, entonces, si la economía puede producir suficiente trabajo como para que todos tengan acceso al dinero; la política para que todos puedan votar... y así sucesivamente. Pienso, que en las regiones que no alcanzan todavía el desarrollo estas condiciones no están suficientemente instaladas. Y esto establece una brecha entre los que participan de la inclusión funcional y los excluidos. El problema ya no es de explotación

<sup>2</sup> David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica, 1999. De acuerdo con una nota publicada en “Babelia”, *El País*, 6 de noviembre de 1999, p. 14.

o no explotación, ¿qué habría que explotar en las personas que viven en las favelas? Ni siquiera tienen la salud suficiente como para tener capacidad de trabajo.

Considero que si bien las personas se definen en relación con su participación en la comunicación, hay condiciones previas que las posibilitan: el estado de sus cuerpos y de sus mentes. ¿De quién o de quiénes es responsabilidad su cuidado? Luhmann no promete un pronóstico.

No es posible saber si llegará un momento en que esta diferenciación se aminore y toda la población mundial (con una tasa de crecimiento en aumento) pueda quedar inserta en la inclusión funcional. Si alguna vez será posible proveer a toda la sociedad con oportunidades de inclusión —lo que tradicionalmente significa libertad e igualdad— o si finalmente tendremos siempre que contar con un resto de cuerpos en estado de supervivencia que según nuestros criterios casi no pueden denominarse seres humanos.<sup>3</sup>

No sé si se puede estar de acuerdo en que no hay descripción más “desdramatizada” o descarnada de la pobreza que ésta. Al disociar el análisis de las consideraciones éticas, morales o simplemente políticas aparece una visión casi desesperanzadora o sobredeterminada por los cálculos propios de la macroeconomía en que se basa. El problema para mí es cómo recargar o nutrir una esperanza que parece no tener razones para existir.

En la época de las revoluciones (la burguesa y la socialista) el pasado y el futuro de la pobreza se conferían mutuamente. Ahora eso ha desaparecido. Pero sigue viva la paradoja de que si bien Europa inventó el modelo moderno de sociedad, su destino se juega a la par con el del resto de los habitantes del planeta. ¿Cómo acabar de explicar lo inexplicable? Nunca hubo tanta riqueza en medio de tanta pobreza.

Si trazamos *la línea de la pobreza* y decidimos ascender y descender por las líneas del diccionario de Antonio de Nebrija, gramático y cronólogo de la corte de los Reyes Católicos, encontramos las siguientes relaciones.

Por encima de la línea de la palabra pobreza, derivada del latín *paupertas*, hay una escala que se orienta hacia el término neutro de Población

población  
 poblar de nuevo  
 poblar unidad o lugar  
 poblado  
 poblador nuevo de un lugar  
 pobre varón  
 pobrecillo  
*pobreza*

<sup>3</sup> Javier Torres N. y Guillermo Zeirneño, “Entrevista a Niklas Luhmann”, en *Estudios Sociológicos*, X:30, 1992.

Si, por el contrario, descendemos, nos encaminamos al infierno de Dante. Por debajo de la línea Pobreza están las siguientes palabras:

pobre con miseria: inops, opis, egenus  
 pobreza en esta manera  
 pocilga  
 poco  
 poco tiempo  
 poco antes  
 poco después  
 poco más o menos  
 poco a poco  
 podar vides  
 ...  
 poder  
 poderoso  
 poder mucho  
 poder en armas  
 poder en la guerra  
 poderoso en todo  
 podreerlo

Estas trayectorias terminológicas transcurren por asociación, de la *P* de *pobreza* a la *P* de *poder militar*, *poderoso en todo*, hasta toparse con la palabra que significa *putrefacción*, empantamiento. Me llama la atención que en estas series no aparezca la palabra que también comienza con *P*, de *política* o de *polis*. ¿Será que la pobreza está más emparentada con la *no-polis*? ¿Podríamos, a lo mejor, denominar a la pobreza como su antónimo, es decir, como la *anti-polis* o quizás mejor, como la *anti-democracia*?

Para concluir me gustaría plantear a los autores dos preguntas para los siguientes textos: ¿Cómo valorar, con el mismo rigor pero de manera cualitativa, lo que en este libro se condensa tan convincentemente de manera cuantitativa? Y para retomar la cuestión ya clásica: ¿qué produce la pobreza, socialmente hablando, en México? ¿qué clase de ciudades, de paisaje rural, de hábitat? ¿qué clase de intercambios comunicativos?

GUILLERMO ZERMEÑO

EMMANUEL TODD, *La ilusión económica. Ensayo sobre el estancamiento de las sociedades desarrolladas*, España, Taurus, 1999, 290 pp.

Una visión antropológica de la actual situación económica, dominada por las ideas del librecambismo de corte individualista anglosajón, conduce a Emmanuel Todd a relacionar variables acerca del tipo de familia, nuclear liberal y no igualitaria o troncal, con las tasas de fecundidad, el aspecto demográfico, y con el nivel educativo o el de generación de científicos o tecnólogos, para argumentar por qué hay estancamiento económico, a pesar de los aparentes éxitos macroeconómicos, en los principales países desarrollados de Europa y en los Estados Unidos. Asimismo señala las consecuencias destructivas de disminuir la demanda de bienes y servicios para estimular la oferta de éstos en un mundo de supuestas ventajas derivadas del libre comercio.<sup>1</sup>

En este libro se nos informa de la predilección de las clases privilegiadas por las profesiones vinculadas a la administración, a la gestión de transacciones financieras y hasta especulativas, en menoscabo de los estudios científicos y técnicos.

Así, Todd no acepta que la mundialización económica, una ilusión más conducida por el librecambismo, sea un proceso unidimensional sino que en él intervienen estructuras sociales y mentales. Por tal motivo distingue los siguientes niveles: económico, cultural y antropológico que, bajo categorías psicológicas, identifica con el consciente, subconsciente e inconsciente (p. 22).

El subconsciente, que es el aspecto cultural, se percibe como el acceso a uno u otro nivel educativo; por su parte el inconsciente antropológico no es más que la organización familiar: una institución socializadora que en los países anglosajones estimula una vida más individualista, y en países como Alemania, Japón o Suecia los comportamientos individualistas se desarrollan bajo fuertes obligaciones colectivas (p. 25).

Mientras, la caída de la creencia colectiva nacional deriva del debilitamiento de la seguridad social o sistema de redistribución, afectado por la reducción de la demanda general o global, la cual solamente habría podido desarrollarse en una nación. En este caso los gobernantes europeos intentan reducir los déficit públicos mediante la contracción del consumo (p. 30). Este error los ha llevado a olvidar a sus poblaciones, las estructuras de edad y calificaciones de éstas, a no comprender, por ejemplo, que las personas que llegan a la edad adulta descienden de generaciones poco pobladas como consecuencia de la caída de la tasa de fecundidad de mediados de los años sesenta.

En cuanto a la formación intelectual de la población, Todd analiza la proporción de individuos que consigue cursar el nivel licenciatura en los Estados Unidos y en Europa. Advierte que en los Estados Unidos las generaciones comprendidas entre los años 1951 y 1965 van disminuyendo paulatinamente su proporción de profesionistas

<sup>1</sup> "Hoy el librecambismo, la mundialización, hacen que la única ambición de Europa sea la reducción del gasto público... la trampa malthusiana, de la obsesión por reducir costes, salarios y gasto, una obsesión que rompe la solidaridad interna". Octavi Martí, "No existe una conciencia común europea", entrevista a Emmanuel Todd, *El País*, Madrid, 11 de agosto de 1999, p. 10.

(p. 54). Esto lo interpreta como una regresión cultural. Asimismo disminuyen los titulados en ciencias que, finalmente, resultan de vital importancia para el desarrollo de nuevas tecnologías. En una posición contraria, en Europa se ha incrementado la producción de ingenieros; lo mismo ocurre en los países del sudeste asiático.

Sin embargo el éxito del progreso educativo europeo no se compensa con la caída de su tasa de fecundidad. "El retroceso demográfico debe acabar afectando a la producción de titulados. Los datos más recientes referidos a Alemania revelan que los efectivos absolutos de estudiantes de matemáticas, ciencias o ingeniería han comenzado a disminuir entre 1993 y 1995" (p. 72).

En los Estados Unidos existe un capitalismo individualista dominado por una estructura familiar nuclear, y en Europa un capitalismo integrado, basado en un tipo de familia troncal. Este último favorece a largo plazo la investigación tecnológica, la inversión, la formación de personal y su estabilidad en la empresa. Mientras que el estadounidense estimula el beneficio de corto plazo; su justificación ideológica es satisfacer el consumo, lo que estimula la inestabilidad de las formas organizativas y la flexibilidad del mercado de trabajo (pp. 81-85).

El capitalismo individualista anglosajón solamente considera que el consumidor es un individuo que busca optimizar sus gastos y ganancias y que carece de fuertes vínculos con su entorno social, a diferencia del caso de Japón y de Alemania.

Por su parte, Todd encuentra que el estancamiento económico de los Estados Unidos se debe también a la caída de la producción de artículos manufacturados. "En 1992, el PIB manufacturero japonés, igual a 1 023 billones de dólares, prácticamente había alcanzado al de los Estados Unidos, que a pesar de tener más del doble de población obtuvo sólo 1 063 billones de valor añadido en dicho sector manufacturero" (p. 122). "A pesar de esto, Estados Unidos ha mantenido su expansión económica sostenida por su déficit comercial" (p. 129).

Las economías de Japón y de Alemania, se estancaron en los años noventa, por una insuficiencia en la demanda de bienes y servicios del exterior, no compensada por la baja en el nivel de fecundidad ni por la migración extranjera, caso contrario al estadounidense, donde la oferta de bienes y servicios es limitada y la migración no puede convertirse en un factor que permita superar el estancamiento cultural debido a su bajo nivel educativo (pp. 136-137).

Al problema del estancamiento económico y cultural se le agrega el de la desigualdad social. "Desde la mitad de los años ochenta, el menos rico del 10% de los más ricos ganaba en Estados Unidos cerca de 6 veces más que el menos pobre del 10% de los más pobres, mientras que en Francia la desviación era únicamente de 1 a 3.5, en Alemania de 1 a 3 y en Suecia de 1 a 2.7" (p. 140).

El librecambismo, según Todd, a largo plazo muestra que la apertura comercial "...es nefasta para el conjunto de la sociedad, aunque beneficia a ciertos grupos y sectores. El librecambismo, si bien impide el crecimiento y comprime los salarios de los trabajadores corrientes, favorece extraordinariamente a ciertas categorías sociales superiores" (p. 197).

Por otro lado, el librecambismo ha favorecido el surgimiento de un antinacionalismo que el Tratado de Maastricht retoma en Europa de manera directa al combi-

nar la apertura comercial con el misticismo monetario. Se crea una Europa dominada por una moneda única sin generar una nueva nación, sin tomar en cuenta las lenguas diferentes, las costumbres, las distintas estructuras socioeconómicas, y sus diversas dinámicas demográficas. En resumen, “el Tratado de Maastricht quiere abolir los pueblos y naciones por una fusión monetaria. Presupone pues, y es lo menos que podemos decir, una creencia fuerte en el poder de la moneda. Atribuir al dinero la capacidad de transformar el mundo es conferirle un potencial de creación habitualmente reservado a Dios” (p. 216).

Un capítulo interesante del libro es el octavo, donde nos explica en qué consiste la “sociología del pensamiento cero”. Parte del hecho siguiente: en el plano internacional existe un pensamiento único, es decir, un conjunto de creencias económicas y sociales lideradas por la élite de los países desarrollados: un pensamiento que ha alcanzado entre 1985 y 1995 la hegemonía en el ámbito mundial. Sus rasgos principales son: la tolerancia en materia de costumbres, de prensa y de origen étnico, la deificación del dinero y una creencia latente en la desigualdad social (p. 229).

Entre los grupos sociales, que aceptan el pensamiento único destaca el de los dueños del dinero, que lo veneran y al mismo tiempo rechazan la idea de nación. Por eso Todd realiza un juicio severo contra el pensamiento único, “...no hay *nada* en el pensamiento único, que es en realidad un no-pensamiento, o un pensamiento cero” (p. 237). De aquí deduce que el pensamiento cero aclama la inevitabilidad de lo que es o de lo que será. “En Estados Unidos, clama la inevitabilidad del ultraliberalismo. En Francia, la de la moneda única y del librecambismo” (p. 237). Glorifica la impotencia y celebra la pasividad.

Dentro del pensamiento cero el individuo es anulado debido a que los colectivos han sido derrotados. Pero Todd se pregunta por qué el pensamiento cero, que no ofrece *nada*, goza de las preferencias de las capas altas de la sociedad francesa. Responde:

Su predominio viene definido por una esfera de creencias débiles, insignificantes por su intensidad. Pero para que uno se vea empujado a sublevarse contra la nada, es necesario que esa nada suponga algún mal, que produzca algún daño. Aquí interviene la estructura de clase. Los medios económicamente privilegiados, más que crear o defender el pensamiento cero, son su apoyo; los que sufren lo rechazan, con toda la ambigüedad que supone el rechazo de una cosa que no existe (pp. 238-239).

Así, rescatando la idea de capital cultural del sociólogo francés Pierre Bourdieu, encuentra una relación entre los estratos sociales que han alcanzado estudios superiores y los altos ingresos. Sin embargo, su afirmación se basa en evidencias que demuestran que en los años 1985-1995 los niveles de ingreso y tasas de paro en Francia no afectaron del todo a los poseedores de títulos. “Una educación que no iba más allá del primer ciclo de la secundaria —en términos de título, de certificado— conducía estadísticamente a una tasa de paro de 12.1 por ciento” (p. 240).

El pensamiento cero también se ha expandido en una situación donde las ideologías han suprimido lo que dividía a la sociedad en grupos verticales, hostiles y com-

petitivos. Empero, Todd advierte, la aparición de una nueva estratificación cultural nacida del desarrollo de la educación secundaria y superior. “Las grandes ideologías del pasado, a pesar de los conflictos que producían, tenían funciones de unificación del cuerpo social. La sociedad postideológica está estratificada horizontalmente; es un mundo en el cual las categorías sociales superiores, medias e inferiores ya no se comunican” (p. 251). En Francia, que es el caso que Todd analiza, las causas sociológicas del surgimiento del pensamiento cero son: mayores oportunidades de educación en todos los niveles, el colapso de las ideologías, la separación de los medios socio-profesionales, el aislamiento de los individuos, el cierre del medio superior parisino.

Una conclusión importante a la que llega Emmanuel Todd es que el capitalismo globalizado de los años 1990-2000 no es conquistador sino regresivo y ávido. Y con el predominio del pensamiento cero, en un contexto de desigualdad social y de fragmentación, se reactivan fenómenos de lucha de clases (p. 266). Concluye también que el poder supremo de la economía es una ilusión —de ahí el título del libro—, porque además han caído las tasas de crecimiento, las desigualdades sociales se han incrementado al igual que la pobreza, y han irrumpido los “sobresaltos” financieros o monetarios (p. 267).

Dicha situación, según Todd, encubre determinantes profundos de otra naturaleza: culturales y antropológicos. En los Estados Unidos, por ejemplo, el estancamiento cultural se debe a la relativa reducción del número de ingenieros y científicos, la existencia de generaciones en edad adulta poco pobladas, y a la estratificación cultural que debilita las creencias colectivas y que no hace más que apuntar hacia una crisis de civilización. Por tanto, la libertad de circulación del capital glorificada por el pensamiento cero ha provocado el olvido de las posibilidades internas o nacionales desarrolladas solamente al interior de un sistema proteccionista. Esto resulta anticuado para los dirigentes y las élites de los países desarrollados y de los que están a punto de hacerlo, quienes tranquilamente han aceptado el pensamiento cero y sus ilusiones frente a una realidad social conflictiva y fragmentada que, por desgracia, es interpretada desde el punto de vista del librecambismo en términos de costos y ganancias.

MIGUEL ÁNGEL VITE PÉREZ

ALBERTO, MELUCCI, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1999, 260 p.

La obra de Alberto Melucci debe entenderse como una manera de interpretar el mundo y la sociedad contemporánea ante la racionalidad crítica que, empeñada en esclarecer los problemas de la vida de los hombres y mujeres contemporáneos, no ha temido terminar con el discurso de la modernidad. En su reflexión aparece una sociedad nueva, llena de particularidades que la hacen totalmente distinta de la que la antecedió; por lo tanto, querer explicarla a partir de las categorías que la sociedad

moderna había construido para autocomprenderse llevaría a un diálogo vacío incapaz de aprehender la complejidad característica de nuestro mundo. Su ejercicio es "radical", persigue la construcción de un nuevo paradigma que pueda prescindir de los prefijos que han inundado nuestro pensamiento y que sólo hacen referencia a la incertidumbre teórica en la que nos encontramos.

Esta obra se inscribe dentro de esa búsqueda: es el resultado de la revisión de una serie de artículos y ensayos que Melucci publicó en la década de los años noventa (en español y en portugués), después de la publicación en inglés de *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society* (1989), en el que busca comprender las relaciones de la vida cotidiana y la acción colectiva en la sociedad actual. Dicha revisión y reestructuración de los artículos posee doble intención que el autor hace explícita: acercarse al público latinoamericano en su propio idioma y presentar un discurso articulado de todo aquello que de forma fraccionada apareció en distintas publicaciones.

Su construcción teórica parte del análisis de los movimientos sociales, reconociendo en ellos un elemento fundamental que permite hacer entendibles, y por lo tanto nombrables, los dilemas de la sociedad "posindustrial". Otorgándole este lugar central, la categoría *nuevos movimientos sociales* adquiere un carácter heurístico que permite estudiar los mecanismos de estructuración y organización en las sociedades complejas. A diferencia de los teóricos de la modernidad, Melucci da la explicación de los movimientos sociales en los que quede superada la noción de conflicto, entendida como el resultado de contradicciones estructurales o disfunciones sistémicas que encontrarían una resolución fundamentada en la idea de futuro, para asumirlos como dilemas irresolubles de la sociedad contemporánea.

Este salto cualitativo expone la necesidad de dejar de tratar a los movimientos sociales como objetos empíricos cargados de cierta unidad metafísica, para pasar a un ámbito propiamente analítico en el que puedan ser concebidos como sistemas de acción multipolares en los que los individuos creen significados para darle sentido a su acción. De este modo plantea que la fuerza real de los *nuevos movimientos sociales* está en el desafío simbólico que éstos implican a los códigos que impone la cultura dominante.

Teniendo como base teórica-epistemológica la categoría de *sistema de acción*, en la que más que estudiar a los movimientos sociales como unidades de acción, pretende encontrar la diversidad de elementos y de campos de referencia que la constituyen, sería necesario preguntarse cuáles son las características de la sociedad que permiten la emergencia de este tipo de movimientos, sustancialmente distintos a los característicos de la sociedad capitalista industrial.

El texto está dividido en dos secciones. La primera incluye la discusión teórica que sostiene Alberto Melucci con las teorías clásicas de los movimientos sociales, así como el sistema teórico al que da origen para entender la realidad social. La segunda está conformada por una recopilación de entrevistas que se le han hecho. En ella se encuentra una exposición más libre de su pensamiento que estudia varios temas y problemas: trata acerca del proceso personal mediante el cual construye su teoría de la acción, de los aspectos metodológicos de su propuesta, de la problemática de los

países latinoamericanos, del conflicto en Yugoslavia, de la democracia y de la globalización (planetización), entre otras cosas. La estructura del libro presenta dos niveles, uno puramente analítico, en el que Alberto Melucci evidencia el complejo sistema teórico que ha elaborado, y otro que mantiene presentes las características empíricas de las formas recientes de la acción colectiva y de la experiencia de los individuos. Dicha estructura invita al interesado a realizar una lectura "circular", en la que la acción de ir y venir en las líneas, permitirá la comprensión integral del texto.

En el capítulo "Teoría de la acción colectiva", se hace la revisión crítica de las teorías clásicas de los movimientos sociales. Partiendo de la discusión de autores como Parsons, Marx, Smelser o Tilly, al igual que de las teorías que poseen fundamento psicosocial o las sustentadas en la idea de movilización de recursos, Melucci plantea la necesidad de estudiar los movimientos sociales como sistemas de acción socialmente construidos, en los que se tiene que descubrir la interrelación de las causas internas y externas que los constituyen. De este modo niega la posibilidad de considerarlos resultado exclusivo de contradicciones estructurales o como construcciones puramente individuales guiadas por la lógica de los actores, para asumílos como la consecuencia de la "interacción de objetivos, recursos y obstáculos" a la que se enfrentan constantemente los individuos en su vida cotidiana. Desde este punto de vista, en el que los movimientos sociales son sistemas de acción multipolares que funcionan en un marco de oportunidades y constricciones, la *organización*, entendida como una categoría analítica que quiere comprender el ámbito en el que se define la acción, adquiere una posición fundamental para la observación. En este nivel argumentativo, Melucci sugiere que la *inversión organizativa* confiere, al hacer conscientes los límites y posibilidades de la acción, una *identidad colectiva* al interior de la cual se define el sentido de la misma. Éste no está creado *a priori*, ni representa una unidad estática en la que los individuos adquieren sentido, sino que se construye de manera continua en la interacción directa que articula a los hombres en *redes de solidaridad*, cargadas de significados, que se desprenden de las constricciones estructurales a las que los actores se ven sometidos, y al rango de libertad que éstas permiten. Este capítulo sitúa el estudio de los movimientos sociales en un marco cualitativamente distinto al manejo de las teorías clásicas, e implica la posibilidad de entenderlos desde una perspectiva analítica puramente sociológica que los explica desde la naturaleza de la acción social.

El segundo capítulo, titulado "Identidad y movilización en los movimientos sociales", profundiza en las causas por las que éstos aparecen. Partiendo de la comprensión de los movimientos como procesos mediante los cuales se comunican los individuos, negocian, toman decisiones y producen significados, analiza las condiciones latentes que permiten su manifestación. Así, introduce categorías como *potencial de movilización*, *redes de reclutamiento* y *motivación para la participación* que van dirigidas al esclarecimiento de la construcción social de la figura colectiva. De este modo, analiza el intercambio simbólico de los individuos en su vida cotidiana para identificarse como parte de "grupos" significativos, constituidos en el proceso de conocer y ser conocido. Este proceso cognoscitivo, en el que hombres y mujeres valoran el ambiente en el que se desenvuelven, y calculan los costos y beneficios

de su acción, permite que la relación social establezca códigos culturales (o *estructuras cognoscitivas*) que no necesariamente coinciden con los establecidos por la cultura dominante. En este sentido, se construyen *identidades colectivas* desprendidas de la complejidad de las orientaciones individuales y de la relación de los sujetos con su entorno, las cuales habilitan la creación de expectativas que permiten que la acción se establezca como la alternativa significativa del mundo. Los movimientos sociales se transforman así en desafíos simbólicos que confieren identidad y permiten construir modos alternos de asumir la vida y la organización social.

En el tercer capítulo, "Los movimientos sociales en la sociedad contemporánea", analiza las características de los *nuevos movimientos sociales* y explica las particularidades de la sociedad compleja en la que aparecen. Comienza con el planteamiento de que los nuevos movimientos, a diferencia de los que caracterizaron a la sociedad capitalista industrial, no son únicamente políticos, sino que se presentan inscritos en los mecanismos de producción cultural del sistema. Si bien éstos permiten transformaciones institucionales, no pretenden cristalizarse en organizaciones políticas. Su función es la de hacer explícitos los dilemas de la sociedad, con lo que permiten darle nombre y "rostro" a las formas de poder que operan en el control de los códigos culturales, alterando la lógica dominante en la producción y apropiación de recursos. Su triunfo es existir, hablar de otro mundo posible, de otra lógica, de otras necesidades que tienen que ver con la forma en que los individuos se entienden. Su éxito es ése, nombrar lo innombrable, y a partir de eso, cuestionar los códigos en su naturaleza de instrumentos de manipulación.

Localiza su base social en aquellos sectores que se enfrentan con mayor facilidad a la lógica de control del sistema, es decir, los que poseen un alto grado de autonomía y están expuestos a un mayor manejo de información. Éstos son: "la nueva clase media o clase de capital humano, quienes ocupan una posición marginal respecto al mercado de trabajo y los elementos independientes de la vieja clase media" (p. 72). Asimismo, habla de que poseen distinto tipo de organización como resultado de la autonomía que han alcanzado con relación al sistema político. Plantea entonces un *sistema bipolar* compuesto por un *elemento latente* (conformado por redes inmersas en la vida cotidiana) y otro *visible* (entendido como la expresión manifiesta del movimiento), en el que la acción colectiva puede entenderse únicamente como la interrelación de estos dos ámbitos.

La *latencia* crea nuevos códigos culturales y hace que los individuos los practiquen [...] la *visibilidad* muestra la oposición a la lógica que lleva a la toma de decisiones en la política pública. Al mismo tiempo la movilización pública indica al resto de la sociedad que el problema específico se asocia a la lógica general del sistema y que son posibles los modelos culturales alternativos. (p.74).

En una *sociedad compleja*, caracterizada por un *excedente cultural* y un alto grado de *diferenciación* y de *variabilidad sistémica*, el individuo experimenta su existencia llena de incertidumbres, que le obligan en todo momento a tomar decisiones que le permitan reducir la complejidad del mundo que lo rodea. Sin embargo, la

*reducción de complejidad* se convierte en un dilema irresoluble en el que se impone la decisión tomada como un nuevo posicionamiento que origina, a su vez, nuevas incertidumbres. El sujeto está destinado a vivir en un mundo cambiante que no presenta ninguna solución real al peso de su existencia. La defensa y reivindicación de las identidades, que permita el cuestionamiento de los códigos culturales dominantes, se convierte así en la única posibilidad de enfrentarse a los aparatos distantes e impersonales que hacen de la racionalización instrumental la razón de ser de la sociedad. En un mundo en el que la *información* se ha convertido en el recurso fundamental, el control de los códigos se plantea como la base del poder, y el cuestionamiento de éstos como la base de la transformación.

En el capítulo "El desafío simbólico de los movimientos sociales", Melucci examina la incidencia de los nuevos movimientos sociales en las estructuras de poder. Explica que en las sociedades en las que el recurso fundamental es la información, y el control de la producción, acumulación y circulación de ésta depende de los códigos que la organizan y la hacen inteligible, el poder se ve condicionado al dominio de esos códigos operativos y de las reglas formales que lo permiten. Los movimientos se convierten en la contracorriente que apela a la producción de la especie humana en su ámbito individual y colectivo. Ante ese poder impersonal se impone la fuerza de la experiencia cotidiana, y con ella, el desafío simbólico que implica. Esto hace del pensamiento de Antonio Melucci un "terreno fértil" en el que la comprensión de las relaciones significativas se vuelve el medio de respuesta a un mundo inestable e inasible que atropella la experiencia humana. Transgredir la lógica dominante en un ámbito simbólico significa reconocer la diferencia como forma de vida, significa apropiarse del derecho a la vida, a la muerte y al nacimiento como los derechos fundamentales del ser y del hacer. Significa apropiarse de los dilemas inherentes a la sociedad y ofrecer soluciones a partir de ellos con la conciencia de que nunca podrán desaparecer. Transgredir significa crear, asumir la libertad que la autonomía atribuye al individuo y transformar, mediante ella y de las redes de solidaridad implícitas en la vida cotidiana, los signos vacíos que circulan por todos los ámbitos de la vida en *conocimientos* que conduzcan al surgimiento de una *sabiduría* que integre de la percepción del sentido a la experiencia individual.

Así, los movimientos sociales se convierten en *profetas del presente*, hablan por todos y para todos, comunican las necesidades más profundas del hombre. No persiguen el poder ni el dominio, sino la inclusión de otras formas de experimentar la existencia; permiten atribuir nuevos significados a la vida y a las relaciones humanas. Hacen que el poder sea nombrado y que el resto de la sociedad entienda su lógica. Anuncian, denuncian, comunican, ahí encuentran su triunfo y su derrota. Lanzan la primera piedra, la única, la que ha de convertirse en la posibilidad de cambio por medio del *entendimiento*.

Estrechamente relacionados con lo que ya se ha expuesto, los siguientes capítulos, "Vida cotidiana y acción colectiva" y "Democracia de la complejidad", se refieren a los mecanismos que aseguran el surgimiento y efectividad de los movimientos sociales, así como al análisis de los movimientos contemporáneos (feminismo y ecologismo) que presentan las características ya expuestas.

Si bien resulta imposible hablar de todo lo que contiene este libro, es importante mencionar tres de las ideas centrales que Alberto Melucci incluye en esta última parte de argumentación: su noción de democracia, de ética situacional y de metamorfosis.

Partiendo de la dimensión significativa que el autor distingue en la vida social, sugiere que la única manera de garantizar la creación y recreación de las estructuras sociales es mediante la existencia de *espacios públicos* que se presenten como la garantía de una comunicación entre las *diferencias*. Así, habla de una *democracia de la complejidad* sustentada en la presencia de estos espacios públicos, garantizados por reglas y derechos, en los que todas las voces se puedan escuchar y todo individuo pueda encontrar redes de solidaridad desde las cuales pueda construir identidades autorreflexivas y significados que le den sentido a su existencia.

Trata acerca de una democracia en la que el valor de la palabra se recupere. En este sentido establece que sólo con una ética que tenga soporte en la capacidad de los hombres para ponerse de acuerdo se va a crear una nueva dimensión moral de la acción humana. Esta *ética situacional*, basada en el lenguaje, debe facilitar que los individuos se reconozcan por lo que son. Sin embargo se vuelve una categoría realmente compleja, desde el momento en que parte de una realidad cambiante que exige del individuo una capacidad de *metamorfosis* con la que pueda crearse y redefinirse en el presente que se vive sin futuro. De aquí la importancia de sustentar en una ética situacional la posibilidad de reconocer en la palabra; es decir, en el presente que se nombra, la oportunidad de encontrar una base para la acción y para el entendimiento.

La democracia de la complejidad no pretende ser un lugar de competencia para obtener los recursos gubernamentales, sino un espacio abierto que garantice el surgimiento de movimientos sociales desde los que se pueda nombrar el mundo. Melucci habla de una democratización de la vida cotidiana que permita definir identidades colectivas a partir de la comunicación de las diferencias.

Así, se evidencia en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* no sólo la teoría que pretende estudiar la naturaleza de los “nuevos movimientos sociales”, sino una propuesta teórico-epistemológica que incluye tanto la concepción de una nueva sociedad como una alternativa para acercarse a ella. No sólo construye un aparato analítico que permite dar explicación a las nuevas manifestaciones sociales, sino que cuestiona el papel del observador como parte de uno de los dilemas de la sociedad compleja. Del mismo modo que lo hace Anthony Giddens, Melucci señala que el observador no está exento de los marcos sociales de sentido, y que así como crea campos de referencia, está inmerso en ellos. En este sentido reconoce la naturaleza subjetiva del conocimiento y plantea que “la única responsabilidad del conocimiento llamado ‘científico’ es hacer visible y consciente este proceso”.

La obra de Alberto Melucci lleva a la reflexión exhaustiva en la que la revitalización de la palabra debe asumir un lugar primordial. La sociología fundada en la experiencia humana es una sociología que se construye en la posibilidad de transformar el conocimiento en *sabiduría*. Abrir canales de interpretación para la vida cotidiana y para el quehacer científico, que se sustenten en la comprensión de los mecanismos con los que los individuos confieren sentido a la acción social, tiene que ser la

base de una sociología que pretenda dar soluciones al mundo contemporáneo. Melucci lo apunta de manera contundente: “Una conciencia clara de las posibilidades y limitaciones de la acción social puede transformar la palabra de los movimientos en lenguaje, cultura y relaciones sociales, y puede hacer de los procesos colectivos una práctica de libertad” (p.11). En este sentido, la sociología de la complejidad tiene que aprender a leer ese lenguaje para transformarse en un medio de “liberación”, que confiera significados alternativos y permita transferir las experiencias significativas en modos de comprensión del mundo y del individuo que lo habita. Sólo así se podrá crear una disciplina que, al hacer evidentes los procesos determinantes mediante los cuales se atribuyen significados a la vida, se convierta en una práctica de liberación fundamentada en el entendimiento. Interpretar los signos de la realidad social y comprender los procesos de significación que contienen es entender al hombre y al mundo en el que vive.

ALEJANDRO CRUZ ATIENZA

Luis A. Vázquez Pasos, *Identidad, henequén y trabajo. Los desfibradores de Yucatán*, El Colegio de México, 1999.

El tema de la identidad representa por sí solo un reto de discusión y de amplias aportaciones al ámbito de las relaciones sociales, entendiendo que sin éstas su consecución y reproducción es inimaginable.

Partiendo de esta premisa, la obra de Vázquez logra significado a partir de que su análisis se basa en el complejo tema de la identidad.

El autor presenta su aportación al ámbito de la “identidad laboral”, la cual —a pesar de los esfuerzos realizados en diversas disciplinas— no está suficientemente estudiada, y aún menos si se toma en cuenta que este texto se refiere a una región de Yucatán, donde el autor elabora un extenso estudio de caso en torno a la construcción de la identidad de los desfibradores de la zona henequenera.

Las bases de análisis de este texto cruzan como “categoría conceptual” a la identidad, y como sujetos de estudio a los obreros de las desfibradoras de la ex parastatal Cordemex, localizada en el estado de Yucatán.

Las herramientas teóricas que el autor utiliza como fuentes conceptuales para analizar los elementos que influyeron en la construcción de la identidad de los sujetos en cuestión son las aportaciones de Shütz, Berger, Luckmann y Goffman; así como las de Habermas y Touraine básicamente. El texto está organizado de tal forma que se identifican plenamente los diversos procesos que se generaron para la construcción de la identidad de los trabajadores de las desfibradoras; se basa además en citas que evidencian las disciplinas que analizan el tema de la identidad y en técnicas cualitativas que proporcionan el panorama de los variados momentos de análisis.

Las categorías conceptuales que utiliza Vázquez para estructurar y dar cuenta del proceso de la construcción de la identidad son fundamentalmente “la identidad

de origen” y “la identidad ampliada”. La primera toma como punto de partida el núcleo familiar y los distintos grupos sociales en los que nacieron y crecieron los trabajadores; ahí se ubican la producción y reproducción de conceptos que el autor identifica como “ideas, símbolos, valores, conductas, actitudes, saberes, formas de hacer las cosas y formas de relacionarse” (p. 23).

Es importante mencionar esta categoría porque los desfibradores internalizan y reelaboran los roles que les corresponden desde su lugar de origen, determinando un individuo que es “actor de su identidad”, es decir de “un sistema socialmente constituido de disposiciones estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica y siempre orientado hacia funciones prácticas”.<sup>1</sup> Describe el espacio y los modos de asunción que el trabajador aprende, siendo parte de un territorio y saberes ancestrales de su labor.

Es importante recalcar la condición laboral de los desfibradores, cuyo trabajo estaba encaminado en primera instancia, a la pequeña producción primaria y artesanal, de ahí que su primer nivel de identificación y reconocimiento fuera el campesinado de la zona henequenera, ya que en este núcleo compartían y recreaban no sólo sus afinidades en los modos y elementos de su producción específica (el henequén), sino también los mecanismos de subsistencia heredados por la organización familiar, que en todo momento (aun cuando se incorporaron como obreros de la ex paraestatal Cordemex) seguían y siguen vigentes para complementar el ingreso de la familia.

Cabe destacar que la utilización de la identidad como categoría conceptual permite identificar en forma teórico-metodológica los distintos momentos por los que transita la construcción de la identidad laboral de los desfibradores de la zona henequenera de Yucatán, proporcionando elementos que caracterizan la transformación de campesino a obrero en la industria del henequén.

Por lo tanto, la segunda categoría propuesta por el autor, definida como “identidad ampliada”, no presupone el fin de la primera (*identidad de origen*); por el contrario, proporciona elementos de análisis que justifican y explican la relevancia de la socialización, mediante la cual los “nuevos obreros” incorporan sus saberes, códigos, símbolos, sistemas de relaciones, acciones y formas de organizarse en los procesos del sector industrial en el que se les identifica y se reconocen en función de su trabajo y de las formas adyacentes que ello implica (organizaciones laborales, sindicales, espacios distintos, relaciones entre compañeros).

El autor da cuenta de los antecedentes históricos de la industria henequenera, delimitando así los tiempos y espacios en los que se construye la identidad de los desfibradores; con esto da elementos suficientes para percibir y comprender cómo se expresa el proceso de incorporación de los obreros y cuál es la función de las organizaciones laborales en la construcción de la identidad. Cabe mencionar que el reconocimiento de un trabajador como “obrero” partió de la formación del sindicato José María Morelos y Pavón en el año 1974.

<sup>1</sup> Definición de *habitus* en Pierre Bourdieu y J.D. Lóje Wacquant *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México, 1995, p. 83.

Además justiprecia los distintos momentos que atraviesan las circunstancias de los sujetos y sus relaciones sociales, dando así elementos indispensables para la comprensión y constitución de la identidad laboral, como la cultura, el origen étnico de los sujetos, y las expresiones a las que se va adecuando su trabajo en función de las organizaciones en las que los trabajadores se inscriben y se reconocen como parte de un todo y además se apropian de él.

El contenido de la obra está organizado en la siguiente forma: El apartado introductorio describe a los sujetos, espacios, objetos y temas por analizar, con lo cual el texto adquiere un orden regido por el protocolo de investigación. El autor estudia la construcción de la identidad de los desfibradores de la industria henequenera, labor que data de la primera mitad del siglo XIX, pero el trabajo analiza las formas en que se movilizó la industria a partir de lo que él distingue como “la segunda etapa”, que abarca desde la creación del primer sindicato en el año 1974 hasta la reprivatización de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex en el año 1992 (p. 93).

El influjo del poder en la constitución de la identidad y la forma como las instituciones protagonizan la “personificación” del mismo y confieren a los campesinos la posibilidad de ser sujetos actuantes se traduce en la articulación mediante la cual se van transformando las relaciones de los henequeneros durante el proceso histórico. Si se considera que las líneas de poder se llevan a cabo incluso al interior de los pequeños espacios de los campesinos, en otras instancias intermedias, y con mayor énfasis en las formas de organización superiores como es el caso del sindicato José María Morelos y Pavón. Se puede afirmar que el análisis del poder en esta obra es un elemento primordial mediante el cual se traducen las formas de movilidad de la identidad.

Por otro lado, la simbología que representa la relación entre el trabajo y el henequén manifiesta un universo de posibilidades que se convierten en *identidades*, que van desde la situación del sujeto hasta su manera de relacionarse y que lo llevan a formas coercitivas de identificación y acción, puesto que en esta última, la acción, es donde adquiere sentido la identidad. Además, el papel que desempeñan los aparatos institucionales para incorporar y recrear las manifestaciones laborales tiene que ver con el que llevan a cabo la familia y el espacio social. Las acciones al interior de la familia llegan a ser un “motor” que proporciona elementos al individuo para relacionarse en un ámbito distinto al suyo y lo impulsa además a apropiarse de otras acciones, roles e incluso formas de vida, que van incorporando al nuevo espacio de la labor industrial.

La obra de Vázquez está dividida en siete capítulos. En el primero, el autor proporciona los elementos teóricos a partir de los cuales expone las características y fundamentos de la identidad; propone un seguimiento certero de la forma en que argumentará el proceso de construcción de la identidad de los desfibradores del henequén, que va desde la explicación de por qué resulta tan difícil argumentar al respecto y llegar a un concepto definido de la identidad, hasta el planteamiento de diversas articulaciones para considerarla un centro articulador de los variados eventos por los que ésta habrá de entenderse para dar cuenta del proceso en que se inscriben los sujetos de análisis; con ello el autor concluye que la identidad no se comprende si no se le contextualiza, considerando el lugar en donde se encuentran los sujetos

(en este caso trabajadores) y las características del espacio en que se hallan, entendiéndose que abarca desde su lugar natal hasta los espacios laborales.

Para articular los espacios y tiempos de los sujetos en cuestión, el autor describe los elementos de socialización por medio de los cuales los henequeneros van traduciendo los modos de relacionarse y dando cuenta del proceso de construcción de la identidad, es decir, cómo adquieren, internalizan y reproducen los factores simbólicos con los que se identifican y se reconocen.

Esto último lleva a abordar un elemento más de la identidad desde puntos situacionales: el autor describe lo que los modos de sociabilización aportan para la construcción de la identidad individual y colectiva, tomando en cuenta las categorías conceptuales explicadas ya en líneas anteriores. La organización propuesta estructura una red a partir de la cual se traduce y entiende el movimiento que lleva intrínseco el aspecto identitario de los desfibradores, apoyado en variables conceptuales que estratifican, pero no por ello unidireccionan, los diversos niveles y características de la identidad. Esto se advierte claramente en lo que dice el autor: "La construcción de la identidad implica la modificación de una situación existente por otra que el propio autor —*sujeto*— elabora" (p. 57).

Es decir, aun cuando ciertas condiciones sociales, culturales, económicas y políticas preexisten al sujeto y son asumidas por él en virtud de su propia ubicación, ello no implica la permeabilidad absoluta al contexto social, ya que los diversos mecanismos del mismo engranaje social conllevan a cambios de patrones identitarios y se reconstruyen y ubican en función de diversos elementos tangibles y subjetivos con los que se relaciona el individuo.

Como bien los analiza el autor, el reflejo y la injerencia de elementos como el trabajo que implica "acción", contiene intrínsecamente formas de acción, es decir organizaciones (aparatos institucionales), espacios propios del trabajo relacionado con factores íntimamente ligados a la "acción-trabajo" que moviliza y da efectos a tal proceso: el poder.

En el segundo capítulo los sujetos, espacios y objetos propios del análisis del texto son relevantes para traducir en acción la construcción de la identidad de los desfibradores como sujetos inherentes de una identidad colectiva, en función de los diversos procesos históricos expresados en el trabajo "La desfibración del henequén".

Várguez articula en las diversas etapas que caracterizan el trabajo del henequén los diversos elementos que confluyeron al proceso de que los desfibradores fueran reconocidos como un núcleo de trabajadores, en cuya situación histórica varios factores coadyuvan para reubicarlos de campesinos a obreros y a su vez los cohesionan e identifican como grupo, proporcionándoles así una identidad colectiva, que asumen e integran a su situación de identidad *a priori*.

En el capítulo tres se analiza la pertinencia articuladora de la cultura como fundamento de la identidad. La característica esencial de los desfibradores es su procedencia indígena; ello les proporciona una traducción de "identidad" derivada de los diversos rasgos culturales que las tradiciones indígenas proporcionan.

La lengua, las tradiciones autóctonas, la vestimenta y los modos de organización de los núcleos indígenas aportan elementos característicos de su identidad, lo

que cohesionan y moviliza a los indígenas, debido a que comparten formas particulares que los distinguen de los demás.

En este apartado el autor ratifica lo antes dicho, aun cuando las formas espaciales y temporales proporcionadas o logradas por el mismo proceso del trabajo del henequén y la formación de instituciones en las que se armonizaban distintos factores por un bien común de *gremio*, la situación indígena proporciona mecanismos que excluían y/o homogeneizaban, según el caso, el trato y las formas de organización. En un claro ejemplo Vázquez se refiere a que la lengua funge como mecanismo de identificación al interior del espacio de origen de los obreros, y a su vez este elemento sirve a los trabajadores para *sectorizar* a quienes pueden formar parte de su núcleo de trabajo e intervenir en la toma de decisiones dentro de lo que se podría entender como *otro espacio de identificación*: su ámbito laboral.

Del capítulo cuatro al seis, el autor aplica las categorizaciones de identidad de origen y de identidad ampliada al caso de los desfibradores de Yucatán de la zona henequenera; asimismo se refiere a los diversos factores que contribuyen para su transición de campesinos a obreros y del papel que tiene el trabajo en el ámbito de los *recién incorporados* en el ámbito laboral industrial.

Por último, el autor retoma las ideas espacio-temporales con las cuales reconoce y reconstruye los diversos momentos por los que atravesó el sector de los henequeneros, explicitando a la identidad como un proceso complejo por el cual el reconocimiento y la movilidad de los trabajadores del henequén adquieren relevancia en el contexto laboral, desde donde se entienden y traducen las expresiones de relaciones sociales y de poder que llevaron a dilucidar las expectativas y las características de los henequeneros.

Esta obra examina en forma minuciosa el proceso de construcción de identidades y las características que en el caso de los desfibradores de Yucatán manifiesta. Se refiere a la significación del trabajo en cuanto elemento que interviene en la construcción del complejo entramado de la identidad, ya que las formas preexistentes, implican roles y modos mediante los cuales un sujeto justifica su posición en la sociedad y a la vez el trabajo funge como acción coercitiva en la que los sujetos expresan las condiciones de su identidad de origen y ampliada.

RAQUEL GUZMÁN ORDAZ

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ (COORD.), *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, 383 p.

A lo largo de la historia de México, desde la llegada de los españoles a lo que más adelante sería Nueva España y es actualmente la República Mexicana, varios sucesos debieron ser trascendentales para que nuestro país, tenga cierta cantidad de población que dedica suficiente tiempo a realizar una determinada lectura.

Así, se sabe que pese al transcurrir de los años y los siglos, en nuestro país los niveles de lectura permanecen muy por debajo de lo que debería esperarse. La preocupación que lo ocasiona no es nueva; de hecho, quienes han estado al frente de los departamentos de educación del país han emprendido campañas —que casi siempre han resultado infructuosas—, con la finalidad de que cada uno de los mexicanos no sólo tenga acceso a la lectura, sino que en una u otra forma lea.

Se ha procurado difundir la cultura en el país por medio de la lectura, y esto tampoco se ha logrado; aunque la preocupación por el tema siempre ha sido mucha y se han diseñado estrategias para lograr que la mayoría de los mexicanos lea, son pocas las que han dado buenos resultados. Múltiples son los problemas que enfrentan quienes organizan campañas de lectura, ferias de libros, etc., desde los de participación hasta los económicos, y debido a lo cual no se ha conseguido algo realmente significativo. La lectura, por lo pronto, continúa siendo privativa de unos pocos, una elite que en la actualidad no sólo detenta el poder cultural, sino además, el económico.

Varios han sido los interesados en investigar acerca de la historia de la lectura en México, y esto ha motivado la elaboración de un sinnúmero de textos referentes al desenvolvimiento de los lectores. Uno de los libros que condensan esa temática es el publicado por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México: *Historia de la lectura en México*, en el que se hace la valoración histórica de lo acontecido a la enseñanza y la difusión de la lectura en nuestro país.

El trabajo es producto del Seminario de Historia de la Educación en México de El Colegio de México dirigido por la doctora Josefina Zoraida Vázquez, y se compone de nueve artículos que son: “La lectura de evangelización en la Nueva España”, escrito y explicado por Pilar Gonzalbo; “La enseñanza de la lectura y de la escritura en la Nueva España 1700-1821”, de Dorothy Tanck de Estrada; “La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente”, escrito por Anne Staples; “Las leyes, los libros de texto y la lectura 1857-1876”, de María Teresa Bermúdez; “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela 1867-1917”, elaborado por Manuel Ceballos Ramírez; “Lecturas del porfiriato”, de Mílada Bazant; “La lectura en México, 1920-1940”, de Engracia Loyo; “La lectura, 1940-1960”, de Valencia Torres Septién, y “La Secretaría de Educación Pública y la lectura, 1960-1985”, escrito por Cecilia Greaves.

En el primer artículo, “La lectura de evangelización en la Nueva España”, Pilar Gonzalbo hace un amplio recuento de los acontecimientos históricos y culturales que han sido la base de toda la historia de la lectura en el país. Inicia su texto aclarando la forma como los españoles comenzaron a dominar la Nueva España y de ahí pasa a reseñar los sistemas que se aplicaron con la finalidad de evangelizar y educar a los vencidos.

Conforme a lo que sostiene la autora, la espada llegó junto con la pluma de los escribanos; otros funcionarios trajeron con ellos los primeros libros, que en su mayoría eran manuales teológicos. Según el texto lo que en un principio se pretendía, más que enseñar a leer, era convertir a los indígenas al catolicismo mediante el uso de catecismos, y de esta manera evangelizar didácticamente y de paso enseñar a leer a aquellos cuya comunicación se basaba en el habla de sus propias lenguas.

En el trabajo se detallan los problemas a los que se tuvieron que enfrentar los conquistadores y los evangelizadores, no sólo en su afán de conversión de los indios, sino en la enseñanza del castellano.

Se hace un importante recuento de los diversos textos y se mencionan las formas en que se llevaba a cabo la enseñanza del catecismo; se enriquece la historia de la lectura al referir cuántos y cuáles lectores existían en esos momentos, así como los libros que se podían o no leer, pues algunos estaban prohibidos por la Inquisición. Se especifica que los primeros métodos de enseñanza se basaban en copiar de alguna manera la escritura de los antiguos habitantes y asimilarla a la que los españoles traían consigo. Ello derivó en la adaptación de la escritura jeroglífica y la creación de cartillas ilustradas con imágenes que los diferentes grupos de religiosos adaptaban a las circunstancias de los lectores. Entre esos mentores se encontraban, los primeros evangelizadores franciscanos, a quienes se considera iniciadores y maestros de la religión, encabezados por el primer obispo y arzobispo de México Fray Juan de Zumárraga.

Se nombra a otros grupos de religiosos, como los dominicos y agustinos que buscaron la forma de influir en el aprendizaje de los indígenas, así como a algunos personajes, entre los que destacan Vasco de Quiroga, Fray Pedro de Gante, Alonso de Molina, y otros más, que pensaron en la manera de adaptar los Huehuetlatollis a sus propias enseñanzas, y con ello llevar a cabo su misión.

En el segundo trabajo, "La enseñanza de la lectura y la escritura en la Nueva España", se hace también un recuento de lo que en esos momentos ocurrió. Este artículo ya no se centra en las ideas de evangelización, sino más bien en las formas y métodos usados para enseñar a leer. Puede decirse que la preocupación de entonces abarcaba dos puntos importantes: la lectura y la escritura.

En la época novohispana más personas aprendían a leer que a escribir; como método de enseñanza de la lectura, se seguía trabajando con cartillas, que de manera simplista reanudaban la evangelización, pero cuya principal finalidad era promover que los evangelizados comenzaran a leer. Para ello, quienes se encargaban en ese momento de dicho trabajo veían el aprendizaje de la lectura como algo positivo debido a que les parecía rentable porque favorecía la enseñanza del catecismo.

Éste fue, según el texto, un momento clave en la historia de la lectura, no sólo debido a que aparecieron las primeras publicaciones periódicas que informaban acerca de las noticias locales e internacionales, promovían asuntos raros y curiosos, o incluían información acerca de las predicciones meteorológicas, sino que se dio prioridad a la aparición de nuevos métodos de enseñanza, tales como las *cartillas* —que ya habían surgido años atrás pero que se perfeccionaron—, y la práctica del deletreo.

Con la publicación de las llamadas *Cartillas* se dieron los primeros monopolios, de lo que se infiere que independientemente de que se pretendiera enseñar a leer, se comenzaba a luchar por los privilegios de tal o cual publicación.

Cuando se adopta el deletreo como método para enseñar a leer, basado en la utilización de varias sílabas construidas de manera rudimentaria; los textos se tomaban, una vez más, de la doctrina cristiana y de ninguna manera podían escribirse separándolos silábicamente. Se manifiesta entonces la participación y profesionaliza-

ción de los maestros, quienes dedicaban su tiempo a enseñar y solían reformar los métodos de aprendizaje.

Durante la época colonial, el elemento fundamental para aprender a leer y a escribir fueron las *cartillas*, que bien aplicadas, dieron resultados positivos, pero que con el transcurso del tiempo se volvieron obsoletas e innecesarias. Cabe mencionar que en ese momento histórico se utilizó la caligrafía tanto en las imprentas como en la escritura individual. Esta parte del libro, por lo tanto, se une a la anterior, debido a que en ambos artículos se manifiesta que la enseñanza de la lectura y la escritura, aún se basaba en el uso de textos con tendencia ideologizante. No ocurre lo propio durante el fin de la Colonia, cuando llegada la Independencia las lecturas cambian su sentido, y en vez de los evangélicos, se comienza a dar prioridad a otro tipo de textos tales como los periódicos, o se acude ya a la literatura como elemento de enseñanza y aprendizaje.

“La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente”, se refiere a la enseñanza durante los primeros años de independencia; menciona que en sus objetivos incluía la distribución más amplia de un sinnúmero de libros de todas las tendencias que abordaban todas las temáticas posibles. Durante ese periodo aparecieron diferentes tipos de materiales de lectura, pues se importaron y publicaron textos extranjeros además de la obra de los grandes literatos, quienes hicieron de la época colonial un gran momento para la escritura.

Puede destacarse que en este periodo aparecieron los folletos, una de las fuentes documentales más importantes, que ha permitido conocer a detalle lo que en esos momentos ocurría, de ahí que se pueda decir que el siglo xix debe ser llamado “el siglo de los folletos”, que constituyeron el medio más eficiente de hacer llegar la lectura a un mayor número de personas. Aunado al desenvolvimiento de estas lecturas viene un auge de la palabra escrita, pues se pretendía lograr una importante comunicación masiva. En este artículo se manifiesta que además de panfletario, el siglo xix fue epistolar. El avance de las clases sociales más poderosas no significaba que éstas se hallaran, en lo que a educación se refiere, por encima de la clase baja. Durante este periodo se da la batalla por la libertad de imprenta y esto, junto con otros elementos influye sobre la formación de los lectores en las épocas subsiguientes.

En el texto “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876”, se contextualiza un periodo importante en la historia de nuestro país, así como cierto desarrollo en el ámbito de la alfabetización. Se hace referencia a las leyes relacionadas con esa problemática así como a quienes las dictaban y al modelo seguido para la difusión de la lectura. En esta época participan en las campañas educativas no sólo los gobernantes, sino que se empieza a otorgar mayor importancia a los maestros como coordinadores y promotores de la lectura. Se pretende promover la instrucción en la provincia mexicana, aparecen las primeras publicaciones infantiles y se hace un esfuerzo para que curse la primaria el mayor número de personas; se advierte incluso el surgimiento de librerías y el nacimiento de otro tipo de publicaciones, como la aparición de la novela, que se encargaría de mostrar la idiosincracia de los mexicanos. Entre otras publicaciones se encontraban las de temática religiosa y romántica.

En otro momento de la historia de la República Mexicana se sitúa el texto “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917”, en el que se

hace un recuento de los tipos de lecturas obligadas de esos años. Coexisten los textos de tendencia católica con los principales diarios, que al igual que las publicaciones religiosas eran tendenciosos, tales como el periódico *El Imparcial*, cuyo contenido principal se sostenía en los ideales del porfiriato, que tuvo su auge en los últimos momentos de aquella época.

En "Lecturas del Porfiriato", se resume lo acontecido en los ámbitos educativo y cultural de los años 1876 a 1910, época caracterizada por un importante desarrollo político y un crecimiento económico sostenido. Durante el porfiriato la enseñanza de la lectura y la escritura se imparte de manera simultánea, hay un verdadero auge de las escuelas normales y se reflexiona acerca de la función del maestro como parte vital del desarrollo educativo de los niños. Había una concentración de información por parte de los periódicos, cuya principal labor era mantener al público enterado de la manera en que se gobernaba al país: otras publicaciones tenían la función de conminar al pueblo a levantarse en contra del gobierno porfirista. Existían por lo tanto organismos periodísticos de carácter conservador cuya tendencia estaba basada en ideas de mediados del siglo xix, y otros liberales tan conocidos como *El hijo del Ahuizote* y otros más que enfrentaban al poder dando puntos de vista políticos y parodiando a los gobernadores porfiristas. Además de periódicos de contenido netamente político, los había protestantes, infantiles, científicos, etc.; esa época se caracterizó por ensalzar lo francés y dar prioridad a textos escritos en ese idioma o relativos a esa cultura. La novela también se hace presente en el ámbito de la literatura.

Finalmente, este periodo se caracterizó por la aparición de revistas de índole cultural, en las que participaban principalmente grupos de intelectuales que ya empezaban a monopolizar los idearios de la lectura. Había nuevas librerías, y la Biblioteca Nacional, fundada en 1867, contaba ya con 159 000 volúmenes. Aparecen entonces los libros de texto para las escuelas primarias, las preparatorias y las escuelas especiales ahora llamadas facultades.

La elite cultural se desarrolló durante estos años, el gobierno porfiriano se abocó a la tarea de alfabetizar a más gente, aparecieron los periódicos más importantes y se difundieron las revistas de índole cultural, pese a lo cual no se resolvió el problema de la enseñanza de la lectura y la escritura, pues ese fue un proyecto más que no fructificó, pero que de alguna manera ayudó a lo que se buscaba: alfabetizar. Desafortunadamente, al terminar dicho periodo se inició la Revolución mexicana y los proyectos alfabetizadores fracasaron una vez más.

En la última parte del libro se examina lo acontecido durante el siglo xx; en el artículo "La lectura en México, 1920-1940", se estudian las dos décadas que siguieron al fin de la Revolución mexicana; fue entonces cuando se reunió un grupo de intelectuales que conformó el Ateneo de la Juventud, elite que desarrolló principalmente el gusto por la literatura. No obstante, 80% de la población del país era analfabeta. Una reseña de los años revolucionarios se ofrece al lector en la década de los veinte cuando surge, la novela de la Revolución mexicana, desarrollada por autores como Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. Sobreviene un cambio al iniciarse la siguiente década, pues en los años treinta y debido a ciertos factores históricos, el

interés por lograr mayor alfabetización se vuelve primordial; el presidente Lázaro Cárdenas promueve desde el gobierno una extensa acción alfabetizadora apoyada por la labor de los maestros rurales; se emprende también la alfabetización en lenguas indígenas.

Es importante mencionar la fundación de una de las editoriales más importantes que ha pervivido hasta nuestra época, el Fondo de Cultura Económica, que inició su participación en la promoción de la lectura publicando textos apropiados para la época y distribuyéndolos a precios accesibles. Cabe agregar que aun en aquellos momentos estos libros sólo eran para algunos, pues persistían los problemas del saber leer y escribir, y comprarlos resultaba, como resulta ahora, un lujo incosteable para los que únicamente podían apenas sobrevivir.

En el penúltimo texto, "La lectura, 1940-1960", la autora, Valentina Torres, da primordial importancia a la labor de los exiliados españoles que arribaron a nuestro país al terminar la guerra civil española. Menciona que este grupo fue fundamental en el desarrollo cultural de los años cuarenta y cincuenta, pues debido a ellos, surgieron algunas instituciones académicas que actualmente son consideradas como de alto nivel. Según la autora, la promoción de la lectura recibió un fuerte impulso cuando los españoles multiplicaron la escasa actividad editorial mexicana. Surgen nuevas publicaciones periódicas, y entre éstas aparecen las historietas, cuyo propósito principal era que el grupo más abandonado respecto a la lectura, el de los niños, leyera por lo menos esa clase de textos. Destacan en ese aspecto las de Rafael Vargas (*La familia Burrón*) y otras más.

En esta época florece aún el Fondo de Cultura Económica. La autora da ejemplos estadísticos acerca de las publicaciones en las décadas mencionadas, de la apertura de las primeras bibliotecas públicas y la aparición de ediciones bilingües que apoyaban la enseñanza y alfabetización de los indígenas monolingües.

Por último, en el texto "La Secretaría de Educación Pública y la lectura, 1960-1985", se destaca la aparición de los libros gratuitos en momentos en que el analfabetismo llegaba a 37.8% en la población mayor de 6 años. Cecilia Greaves se refiere a la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito y al aporte en materia de publicaciones de organismos como el Instituto Nacional de Bellas Artes, y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, entre otros.

La autora se refiere a la reforma educativa iniciada durante el gobierno del presidente Luis Echeverría con la ayuda de la Secretaría de Educación Pública, cuyo principal objetivo fue la publicación de una infinidad de textos de diferentes temas o disciplinas, y de la colección SEP setentas. Manifiesta que la labor de la SEP en esos momentos se amplió y se diversificó con el propósito de promover el hábito de la lectura y elevar el nivel cultural del país.

El artículo informa acerca de la crisis de la cultura en México en la década de los años ochenta como consecuencia de los problemas económicos que se viven en el país. Los encargados de la industria editorial, resienten la disminución de las demandas y esto ocasiona el aumento del precio de los libros y por lo tanto, una aparente guerra contra el libro, lo que conlleva que una vez más leer se considere un lujo al que sólo puede acceder quien tenga una posición holgada.

Así, en el texto *Historia de la lectura en México*, se advierten las dificultades que han enfrentado los lectores y quienes de alguna manera han estado insertos en ese ámbito. Los problemas del país han frenado el desarrollo de los programas de lectura y escritura. Sin duda se puede suponer que este problema nunca se va a resolver, no sólo porque quienes gobiernan este país no lo consideran prioritario, sino porque además, el entretenimiento en nuestra época no se busca en la lectura de un libro, sino en otras actividades que no implican “la pérdida de tiempo que representa leer un libro hasta finalizarlo”. Todo ello deriva de la falta de promoción cultural y de la insuficiencia económica de quienes gustan de la lectura.

VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

---